

acepto al Señor este desseo de honrar, y buscar à los Santos Martyres, que le començò à abrir mas los ojos para que se aborresse, y conociesse por indigno de traer, y tocar las reliquias de los Martyres, y à disponerle con limosnas, ayunos, y penitencias que hizo por todo el camino, para que N. Señor le hiziesse la merced que despues le hizo. Llegaron à Tarso, Ciudad principal de Sicilia, adonde estava el Presidete Simpliciano, executando su maldad en los Christianos, y luego Bonifacio ordenò à los que iban con él, que buscasen posada acomodada para todos, porque entretanto queria dar vna buelta por la Ciudad. Iba ya tan encendido, y deseoso del martyrio, que se fue derecho à la plaza, donde los Santos Martyres eran atormentados, y al punto que llegó, halló, que veinte dellos estavan puestos à question de tormento, cada vno de su forma, y manera, y todos atrocissimamente despedaçados. Puso luego los ojos donde tenia el coraçon, y viendo la paciencia, fortaleza, y constancia de los Santos Martyres, enterneciòse sobremanera, é inflamòse mas en el amor d el S. y corriendo à ellos, se echò à sus pies, besando sus llagas, y lavandolas con sus lagrimas, y viengiendo sus ojos con la sangre de ellos, començò à voces à dezirles: O bienaventurados Martyres, ò amigos de Dios, tened fuerte, resistid con animo esforcado à estos dolores, pues son tan breves, y por ellos se os ha de dar gozo, y alegria sempiterna. Viò esto el impio juez Simpliciano: mandòle prender, y traer delante de sí. Preguntale quien es, y como se llama. Y oyendo dezir, que era Christiano, le hizo atormentar, y abrir su cuerpo con vñas de hierro, hasta que se descubriesen los huesos. Y no contento con este tormento, le hizo hincar cañas muy agudas por entre las vñas de los dedos, y la carne. Y como viesse que el Santo Martyr estava muy alegre, y con los ojos puestos en el Cielo, y con la lengua alabando al Señor, por la merced que le hazia, mandò echarle en la boca plomo derretido. Entonces Bonifacio suplicò cò grande afecto al Señor, que le diessse esfuerço, y constancia, y rogò à los otros veinte Martyres que alli estavan atormentados, que le ayudassen con sus oraciones, para que por medio dellas alcançassen de Dios, lo que él por sus grandes pecados no

merecia. Hizier on los Santos la oracion q Bonifacio les pidió, y él sufrió aquel tormento con vn semblante del Cielo, y todo el pueblo que estava presente, se conmovió en favor del Martyr contra el tirano, y començò à dezir à gritos: Grande es el Dios de los Christianos. Gran Rey eres, ò Christo, todos creemos en ti. Y diziendo esto, derribarò vn altar que estava alli puesto, para que los Christianos que se arrepintiesen, pudiesse sacrificar à los Dioses: y començaron à tirar piedras al Presidente, el qual temiendo q no le matassen, se retirò, y escodiò por entonces en su casa. Pero no por esto seer menò, ni aplacò, antes el dia siguiente madò echar à Bonifacio de cabeza en vna caldera grande, llena de pez derretido, y ardiente. Mas el Señor embió su Angel, que le imparò, para que saliesse della sin lesion alguna, quemando la llama à muchos de los circunstantes infieles. Y finalmente le mandò cortar la cabeza: y así le hizo, pidiendo el Santo vn poco de tiempo para hazer primero oracion, y suplicar à Nuestro Señor, que no mirasse à sus pecados passados, sino à la voluntad presente, que él mismo le dava para morir en su Fè, y le contasse en el numero de los bienaventurados Martyres: y alumbrasse à toda aquella Gentilidad, y la librasse de su ceguedad, y tinieblas. Acabada la oracion, fue degollado, y su espíritu bold al Cielo, y quinientos, y cinquenta de los Gentiles que alli estavan, se convirtieron à la Fè de Jesu Christo, como Bonifacio se lo avia suplicado.

Los compañeros de el Santo Martyr no sabian lo que passava, y viendo que Bonifacio no bolvia à la posada, sospechavan, que como hombre liviano, y lascivo, se entretenia con alguna muger deshonesto, ò comiendo, y bebiendo; y así lo dixeron, y murmuraron entre sí. (Porque los hombres somos mas inclinados à creer lo malo que lo bueno, aun quando la vida passada, y las acciones de nuestros proximos no nos dan ocasion para ello.) Salieron à buscarle, y no hallando rastro del, encontraron con vn ministro de justicia, y preguntandole, si por ventura avia visto vn extranjero Romano, que el dia antes avia llegado à aquella Ciudad: él les dixo, que el mismo dia avia muerto por justicia vn Christiano, que parecia forastero, que no sabia si era él el que bus-

buscavan. No (dixer on ellos) no es de estos; mas presto le hallarèmos entretenido con alguna mugercilla, ò en otros deleites de su gusto, que no muriendo por Christo. Pero como por las señas que les diò, entendieron que podria ser él, fueron à la plaza, donde todavia estava su cuerpo apartado de su cabeza: viendolo, conocieron que era el mismo que buscavan, y mucho mas se certificaron, quando vieron su cabeza: la qual tomaron, y la juntaron con el cuerpo, derramando muchas lagrimas, y pidiendo perdon al Santo por el mal juizio que avian tenido del; y el Santo Martyr abrió los ojos, y los mirò amorosamente con rostro alegre, aunque diunto, como quien les perdonava lo que contra él avian pensado, y dicho. Que esta es la costumbre de los Santos: perdonar facilmente las injurias, y mostrarse blandos, y benignos, aun con sus enemigos. Pareció à los compañeros de Bonifacio, que aviendo venido à buscar reliquias de Martyres, no podian llevar otras mas ciertas, ni que mas agradassen à Aglaes, que las del mismo Bonifacio, pidieron su cuerpo, y compraronle por quinientos sueldos: porque de otra manera no se le quisieron dar; y embolviendolo en aquellos lienzos, y vnguentos olorosos que traian, le llevaron à Roma, adonde Aglaes, ya por revelacion del Cielo sabia lo que passava, y vn Angel del Señor le avia avisado, que recibiesse à Bonifacio, no como à criado, sino como à su señor, porque era martyr de Christo, y por él le haria Dios à ella grandes mercedes, y así le salió à recibir con grandissima solemnidad, y acompañamiento del Clero, y le edificò vn Templo, en que el Santo Martyr fue colocado, y Dios hizo grandes milagros por él, y Aglaes por su intercession vino à ser gran Santa, y à dar libelo de repudio à todas las cosas del mundo. Repartió sus riquezas à los pobres. Diò libertad à sus esclavos. Encerròse en vn Monasterio, dandose à la oracion, y macerando su carne cò ayunos, y penitencias; y en esta vida perseverò quinze años, y acabò santamente, y fue sepultada junto à San Bonifacio. Para que nos admitemos de las misericordias del Señor, q faca tan grandes bienes de nuestros males, y de pecadores haze santos, y convierte los lobos en ovejas; y los valos inmundos, y de corrupcion en valos de gloria preciosissi-

Segunda Parte.

mas. Mal es dexar la rienda à nuestro apetito: y olvidarnos de Dios, confiando presumptuosamente en su misericordia, y tomando ocasion de la que él hizo à Bonifacio, y à Aglaes, con tan largu mano: pues vemos que comunmente à la mala vida se sigue mala muerte. Pero el que huviera caido, no desespere; exercitese siempre en obras de piedad, como hizo Bonifacio, tome los Santos por intercessores delante del Señor, desce à penitencia, lllore sus pecados, y haga lo que estos dos Santos hizieron, que así podrá esperar la gracia que ellos alcançaron del Señor. El martyrio de San Bonifacio fue à los catorce de Mayo, del año de nuestra salud de treientos y cinco, imperando los Emperadores q avemos dicho, Constantino Cloro, y Galerio Armentario, en el segundo año del Pontificado de San Marcelo Papa. La Iglesia de San Bonifacio, es principal en Roma, y en ella estuvo sepultado San Alexandro, y fue vna de las veinte y dos Abadias, que avia en aquella santa Ciudad; como se saca del antiguo Ceremonial Romano. De S. Bonifacio, demàs de Metafraste, que escrivió su vida, hazen mención los Martyrologios Romano, de Vsuardo, y Adon; y el Padre Fr. Lorenzo Surio en el tercero tomo de las vidas de los Santos.

LA VIDA DE SAN PACOMIO
Abad, y Confessor.

SAN Pacomio Abad, Padre, y Maestro de innumerables Monges, y varon perfectissimo, nació de padres Gentiles en la Tebayda, donde se criò sin lumbrer, ni conocimiento de Christo. Pero luego que començò à vivir, se entendió que Dios le avia escogido para sí; porque si le davan à beber vino, ò qualquiera otro licor, que se huviesse ofrecido à los Idolos, en tomandolo luego lo tornava à echar, por las vascas que sentia su estomago. Llevaronle vna vez à cierto sacrificio de sus falsos Dioses, y estando él presente, nunca los demonios pudieron responder à las preguntas que les hazian, ni los Sacerdotes hazer sus ceremonias; antes se enojaron en gran manera contra los padres de Pacomio, porque avian traído en aquel Templo vn enemigo de sus Dioses, mandandolos que le echassen luego de allí, y ellos lo

Y

Baron. in
an. Mart.
14. Maij.

A 14. de
MAYO.

hizieron, temiendo que no viniere sobre ellos la ira del Cielo. Siendo ya de veinte años se hizo soldado, y se halló en la guerra que Constantio Emperador hizo contra Magnifico Titano. Padecieron mucho los soldados por falta de mantenimiento, superólo los pueblos comarcanos, que eran Christianos, y movidos de compasión, y caridad, embiaron la provision, y las vituallas necesarias á los soldados, para remedio de la hambre que padecian: y esto con tanto fervor, y espíritu, que Pacomio quedó admirado, y preguntó, ¿qué gente era aquella tan benigna, y piadosa? Respondieronle, que eran Christianos; y tornando á preguntar, qué era su religion, y manera de vivir, entendió que creían en Iesu-Christo, Dios, y hombre verdadero, y que por su amor hazian bien á todos, esperando del mismo Dios retribucion eterna. Oyendo estas palabras, sintió Pacomio en su alma una nueva luz, y consuelo, y apartándose un poco de sus compañeros algó las manos al Cielo, y dixo: Señor Dios, que criaste el Cielo, y la tierra, yo te prometo de servirte y obedecer á tus preceptos mientras que yo viviere, si tu te dignares de mirar mi baxeza, y darme conocimiento de tu divinidad. Con esta oracion, y promesa creció en Pacomio el amor de la virtud, y comenzó á resistir con la divina gracia á la sensualidad. Y aviéndose acabado su milicia, se fue á una aldea de la Tebayda Alta, donde moravan algunos siervos de Dios, de los quales fue enseñado, y bautizado. Aquella misma noche que recibió el Santo Sacramento del bautismo tuvo un sueño, y vió que del Cielo caía sobre su mano derecha un rozio que se convertia en miel, y juntamente oyó una voz que le dezia: Pacomio, abre los ojos de tu entendimiento, porque este rozio es señal de la gracia, que Christo te da. Con esta vision se encendió mas Pacomio en el amor divino, y determinó luego de renunciar el mundo, y congratarse á la vida monástica; y sabiendo que en aquellos desiertos habitava un Hermitaño de gran fama, llamado Palemon, varon severo, y riguroso, se fue á él, y se echó á sus pies, y suplicándole con muchas lagrimas que le admitiese en su compañía, y le enseñase el camino del Cielo. Apenas lo pudo alcanzar, pareciéndole al santo viejo que el moço Pacomio no podría imitar su ma-

nera de vida tan aspera, y dificultosa. Mas viendo su perseverancia, y el afecto con que se lo pedia, y que no se espantava de todo lo que él avia dicho, le abrió la puerta, y le recibió. Gastavan la mayor parte del tiempo en oracion, y despues en hazer facos, ó costales de pelos de camello, para dar limosna á los pobres; y á la noche, al tiempo de la oracion, si Palemon veia tentado del sueño á Pacomio, para despertarlo, y vencer aquella tentacion, le mandava passar de una parte á otra con espueñas vnos montones de tierra, siendo el viejo el primero de poner la mano al trabajo, para darle exemplo. Con tal Maestro creció Pacomio mucho en la virtud, y en la mortificacion de sí mismo. Mandavale su maestro ir descalzo al bosque, para hazer leña, y traerla; estava el campo, y la selva llena de muchas, y agudas espinas, que traspasavan, y lastimavan los pies del buen Pacomio, y él con grande alegría, y regozijo de su espíritu passava por aquel tormento, acordándose que los duros clavos avian atravesado los sagrados pies del Señor. Y fue tanto lo que el S. aprovechó en la humildad, obediencia, paciencia, penitencia, y en toda virtud, que el mismo Palemon se maravillava, y reverenciava á su discipulo. Ofreciósele una vez ir á la Isla de Tabenna, y estando en una larga, y profunda oracion, oyó una voz que le dezia: Pacomio, estate aqui, ó haz un Monasterio, porque muchos vendran á ti con deseo de salvarse, y tu los encaminarás conforme á la instruccion que yo te daré. Oyendo esta voz le apareció un Angel, y le dió una tabla, en la qual estava escrita la Regla que avia de guardar, y que muchos siglos guardaron los Mopges que de aquel lugar se llamaron Tabenenses. Entendió Pacomio que aquella vision, y Regla era cosa del Cielo, comunicandola con su Padre, y Maestro Palemon, que la alabó mucho, y animó á poner por obra lo que Dios le avia mandado; y poco despues el santo viejo consumido por los muchos años, y penitencias, acabó santamente su vida, y Pacomio con gran sentimiento; y ternura con sus propias manos le enterró, cantando Hymnos, y Psalmos, conforme al santo uso de la Iglesia.

Despues desto un hermano mayor de Pacomio, que se llamava Iuan, y se avia hecho Christiano, le vino á buscar para vivir

vivir con él, y darse á la perfeccion. Vivieron juntos quince años, y pareciéndole á Pacomio que presto se cumpliria lo que Dios por el Angel le avia revelado, comenzó á aparejar el lugar, y edificarle para los muchos Monges que avian de venir. Pareció á Iuan que aquello era contra la pobreza, porque no sabia los intentos de Dios, y reprehendió á su hermano con palabras azedas, y graves, de las quales interiormente se sintió algo Pacomio, aunque exteriormente no lo mostró: pero despues fue tanto el sentimiento que deste su sentimiento tuvo el Santo, que toda la noche siguiente le estubo en oracion, deshazándose en lagrimas, y suplicando á nuestro Señor que le perdonasse, porque todavia era hombre carnal, y reynava en él la prudencia del siglo, y se dexava vencer de la ira, y no podia ser bueno para regir á otros el que no avia bien domado sus passiones. Y fueron tantas las lagrimas que derramó, que á la mañana halló á sus pies los efectos dellas. Despues vivió con su hermano con gran paz, concordia, y mansedumbre; hasta que el hermano murió, y Pacomio le enterró con su piedad acostumbrada, y devocion.

La vida de Pacomio era perfectissima, y como de hombre á quien Dios avia escogido para singular Ministro de su gloria, y Capitan, y Maestro de tantos Monges. Pero el demonio nuestro comun enemigo, temiendo esto le hazia cruel guerra para desmayarle, y asombrarle, y hazerle bolver atrás. Aparecianle aquellos monstruos infernales, para espantarlo con varias, y estrañas figuras. Una vez estando en oracion se abrió subitamente la tierra, como para tragarle. Otras veces bolviendo de las partes mas remotas del desierto (donde se retirava para hazer mas quietamente oracion) se le ponian delante como soldados que marchavan en ordenança, y con alta voz dezian: Dad lugar al hombre de Dios. Pusieronse assimismo á querer derribar, y echar por el suelo la nueva fabrica que avia comenzado. Con estos, y otros semejantes embustes le pretendieron los demonios espantar, pero no les valió, porque el Santo se armava con la señal de la Cruz, y con algún verso de David, y los menospreciava. Y viendo ellos esto, le tentaron de rifa, haziendo delante del co-

fas que le pudiesen provocar; mas el Santo guardó su gravedad, y constancia, gimiendo y llorando en lugar de reir. Mas no por esto dexaron de molestarle, y perseguirle, tomando habito, y forma de mugeres hermosas, que se querian sentar á la mesa á comer con él. Y como el Santo estuviéssse siempre en sí, y no ablandasse vn punto de su constancia, mudando trage, y figura, por divina dispensacion para su mayor corona; le atormentavan, y aporreavan, y alligian: Mas assi como él quedava siempre vencedor de aquellas bestias infernales, assi el Señor le dió dominio sobre los animales fieros, y serpientes venenosas, y hasta los mismos cocodrillos le servian, y quando queria passar el Nilo, le traspasavan de la otra parte. Aviendo con semejantes pruebas, y con tan gloriosas victorias, llególo Pacomio á un alto grado de caridad, se le apareció de nuevo el Angel, y le dixo, que Dios se agradava en él, y que queria que fuesse su Ministro, para ganarle la gente que á él viniere; y de allí á pocos dias comenzaron á venir de diversas partes muchos defengañados del siglo, y deseosos de salvarse. A todos recibia Pacomio amorosamente, mas no dava el habito de Monge á ninguno, hasta examinarle, y probarle con una larga, y exquisita probacion por espacio de tres años, como el Angel se lo avia mandado en la Regla que le traxo del Cielo; apartandolos primero de todo lo que les podia estorvar, ó entibiar su buen proposito, y enseñandolos á descarnarse primero del mundo, y despues de sus cosas propias, y finalmente de sí mismos; y para moverlos mas con su exemplo, él era el primero que guardava todo lo que les enseñava, y el que aparejava la mesa, cultivava la huerta, hazia officio de Portero, y de enfermero. Fue tanto lo que con su vida edificó, y aprovechó á sus primeros compañeros, que el buen olor, y la fama del nuevo Instituto se derramó por todas partes, y en breve tiempo vinieron á ser ciento los Monges de aquel Monasterio. No avia entre ellos ningún Sacerdote, porque Pacomio no permitia que ninguno de sus discipulos aspirasse á tal dignidad, ni á otra honra, ó grado, juzgando que qualquiera ambicion es peligrosa, y el deseo de lugar alto es la ruina de la Religion. Mas quando se avian de escoger llamavan algun Cleri-

go de alguna aldea vezina, para q̄ les dixesse Missa, y les administrasse el Sacrosanto Sacramento del Altar: aunque despues si algũ Sacerdote venia à el, y se ofrecia de seguir la Regla, no dexava Pacomio de recibirle. Así como era para si austero, y riguroso, así para con los otros era dulce, y suavissimo padre, especialmente con los viejos, achacosos, y enfermos, y tenia gran blandura, discrecion, y longanimidad para acomodarle à los moços de mas tierna edad, y para llevarlos poco à poco, con maravilloso zelo, y sollicitud à la perfeccion. Enseñava à los rudos, é ignorantes con algunos compañeros suyos la Doctrina Christiana, y enseñava con tal devocion, y gracia, q̄ parecia vn Angel venido del Cielo. Fue muy zeloso de la Fè Catolica, y enemigo de los hereges, cuyos libros no cõsentia q̄ ninguno de sus Monges los leyese, ò tuviese. No podia sufrir que ninguno murmurasse de su proximo, especialmente de Superiores. Huia por estremo de la conversacion, y familiaridad de los parientes carnales, sino era quando tenia esperança de ayudarlos en el espiritu. Vno vna hermana suya à visitarle, no la quiso ver, antes la embiò à dezir con el Portero, que ya sabia que estava alli, y que estava sano, que esto le bastava, que se bolviesse à su casa, si ya no queria dar de mano al mundo, y hazer penitencia de sus pecados, y mover con su exemplo à otras mugeres, para hazer lo mismo, que en tal caso el le haria vn aposento en lugar apartado, y quieto, para que en silencio, y oraciõ se pudiesse dar à Dios, porque à la fin no avia cõsolacion en la tierra, sino hazer biẽ, y servir à tan gran Señor. Cõ estas palabras se compungio la hermana, y se ofreciò de servir, y obedecer al hermano, el qual le hizo hazer vna casa apartada del Monasterio para su habitacion, y luego vinieron otras mugeres, y se fundò el Monasterio de Monjas de gran santidad, cuya Madre, y Abadesa era la hermana de Pacomio, y vivian cõ grãde observancia de su Regla, y perfecciõ. Entre los otros q̄ vinierõ à Pacomio para ser del istruídos, y enseñados, fue vno Teodoro, muchacho de catorze años, Christiano, y de sangre illustre; el qual estando vn dia mirando las riquezas, regalos, y aparato de su propia casa, alumbrado con el rayo de la divina luz, començò à hablar consigo mismo, y à dezir dentro de si: Que

me aprovecharán, triste de mi, todas las comodidades, contentos, y holganças momentaneas desta vida, si pierdo las de la otra, que nunca se acaban, pues ninguno puede gozar acà de estos placeres presentes, y allá de los eternos? Y dando vn gran suspiro se retirò en vn lugar apartado de su casa, y postrado en el suelo, derramando muchas lagrimas, dixo: O Señor, que veis el interior de los coraçones, bien sabeis que yo no antepongo cosa alguna desta vida à vuestro amor; alumbradme para que entienda vuestra voluntad, y dadme fuerças para que perfectamente la cumpla, y para que siempre os glorifique. Despues començò à dar de mano a los regalos, y caricias de su madre, y ayunar mas, y mortificarse mas. Y aviendose ocupado en esto dos años, y estando algun tiempo en compaña de algunos siervos de Dios, vino al Monasterio de Pacomio, pidiendole con grande afecto que le recibiesse, y fue admitido. Mas la pobre madre de Teodoro, que era viuda, viendose sin hijo, fue bolando al monasterio donde estava con cartas del Obispo para Pacomio, mandandole que restituyesse à la madre su hijo. Ordenò el Santo Abad à Teodoro que saliesse à hablar à su madre, el muchacho le respondiò con grande espiritu: Padre mio, asegúradme que el dia del juicio no me pedirá Dios cuenta de la poca edificacion que doy à los otros Monges con hablar aora à la madre q̄ me parió, y alegò algunas razones para escusarle por las quales Pacomio le dixo: Hijo, si tu no quieres, yo no te obligo à hablar, antes confieso que lo que tu dizes es de mayor perfeccion; porque el Monge debe huir las platicas de las cosas mundanas, y amar con ordenado afecto à todos los que son miembros de Christo. Y si alguno dixesse, que ninguno puede dexar de querer bien à su propia sangre, acuerdese de aquel dicho de la sagrada Escritura, que cada vno es siervo del que le vence. Con esto Teodoro no quiso ver à su madre, y ella movida de aquel desamor, y constancias de su hijo, y favorecida de Dios, determinò de imitar à su hijo, y dexar el mudo, y fue recibida en el numero de las otras Monjas, y siervas de Christo. Entre los otros dones del Señor q̄ tuvo Pacomio, fue la discrecion de los espiritus, y juntamente la discrecion de las enfer-

enfermedades, y sabia distinguir las q̄ procedian de causas naturales, de las que naciã por tentacion del enemigo; el qual muchas vezes para impedir el servicio divino, suele (permitiendolo el Señor) alterar los humores del cuerpo, y causar indisposiciones, y enfermedades. Vna vez le diò vna enfermedad, y entendiendo que era tentacion del demonio, que le pretendia entibiar, estuvo cinco dias sin comer, orando en este tiempo con los demás, y con esto quedò sano, y vencido al que le pretendia derribar. Era humildissimo, y siedo Padre, y Superior de todos, se abaxava, é igualava cõ sus subditos y con sus hijos. Estava vna vez texiendo esteras en cõpañia de otros, y vn muchacho de los que alli estavan sencillamente le dixo: Padre, vos no rexeis bien, ni hazeis buena obra; nuestro maestro no lo haze así. Levantòse luego el Santo Abad, y rogò al niño que le enseñasse, y cõ singular humildad, y suma edificacion de los que alli estavan, començò à trabajar como el niño le avia enseñado. En la oraciõ era muy fervoroso, continuo, y perseverante, y queriendolo vn santo Monge imitar estando vna vez orando, le morrió en el pie vn escorpiõ, de manera q̄ sintiò grandissimo dolor, y la pogoña se subia al coraçon, mas no por esso se turbò el Monge, ni se moviò de donde estava, ni dexò la oracion, hasta que la acabò. Aunque de suyo era mas inclinado à blandura, que no à rigor, todavia quando la necesidad lo pedia, sabia muy bien juntar la severidad con la suavidad, y con la dulçura el castigo. Entre los otros Monges q̄ avia en el Monasterio, avia vno llamado Silvano, el qual antes de tomar el habito avia sido Comediante, y de vida (como los tales lo suelen ser) libre, y disoluta. Este en los principios diò buenas muestras de si, mientras que le durò el fervor de la devocion, y el aliento que le dava San Pacomio cõ sus consejos, y amonestaciones. Despues se començò poco à poco à resfriar, y à bolver à sus antiguas costumbres, burlas, y gracias seglares. Avisòle Pacomio muchas vezes, reprehendiòle, castigòle, y vièdo q̄ todo esto no aprovechava, avièdo estado 20. años en el Cõvento, le mandò llamar delàte de todos los Monges, y quitarle el habito, y echarle de aquella santa Congregacion. Con este castigo Silvano bolviò en si, y confuso, y temblando se echò à los pies del

santo Abad, suplicandole con muchas lagrimas que le perdonasse, y le esperasse, por que èl se enmendaria. Y como el Abad estuviesse fuerte; y dixesse que no era justo que vn miembro podrido inicionasse todo el cuerpo de la Religion, salió vn venerable Padre llamado Petronio por siador de Silvano, y con esto vencido de la humildad, promessas, y perseverancia del afligido Monge, le perdonò, y Nuestro Señor desde el Cielo le diò su espiritu, de manera q̄ de allí adelante fue à todo el Convento espejo de virtud, y tuvo vn don de lagrimas admirable, y singularissimo, y al cabo de ocho años fantamente murió, y Pacomio viò el alma de Silvano subir al Cielo, acompañada de muchos Angeles. Este fruto se sacò de la severidad que Pacomio vsò con Silvano.

Otra vez vn monge hizo dos esteras en vn dia, no teniendo obligacion por Regla de hazer mas de vna; y vinole vanagloria desto, sacò sus esteras fuera de su celda, y pusolas en parte donde Pacomio las pudiesse ver; el qual luego entendiò la vanidad del Monge, y dando vn grande suspiro, dixo à los que estavan con él: No veis que este pobre hermano ha estado trabajando desde la mañana hasta aora, para dedicar sus obras al demonio sin provecho alguno de su alma, pues ha querido en sus obras agradar mas à los hombres, que à Dios? Llámòle, reprehendiòle gravemente, diòle algunas penitencias, y encerròle en vna celda para cinco meses, mandandole que ninguno le visitasse, y q̄ el no comiesse todo aquel tiempo sino pan, y sal. Tan grãde era el cuidado que el santo Abad tenia de la pureza del coraçon de sus Monges, y de desarraigat dellos qualquiera imperfeccion, y pecado, que à nosotros por nuestra tibieza nos parecen veniales, y muy ligeros. Ofreciòsele otra vez vn camino, y dexò mandado, q̄ algunos muchachos novicios, que por su tierna edad no podriat hazer tanta abstinencia como los grandes, y robustos, fuesen tratados diferentemente q̄ los demás. Los oficiales del Convento, y especialmente el cocinero, viendo que los otros Monges no comian por su voluntad de las yerbas que se aparejavan para el Convento, que se contentavan con comer en el Refectorio pan à secas, dexarò de hazer la olla, y llevarò à los chicos, y

à los grandes por vn rasero. Y como el cocinero no tenia que hazer, ocupavale (por no estar ocioso) en hazer pleytas, y esteras, como los demás. Bolvió Pacomio y supo lo q̄ passava, y sintió mucho la desobediencia, y el aver tratado con tãta igualdad à personas en la edad, y fuerças tan desiguales, y ordenó al cocinero que traxesse allí delãte todas las esteras que avia hecho (que eran quinientas) y mandólas todas quemar, y porque hazia gran caso de la sincera obediencia: y no concientia que ningun subdito examinasse curiosamente lo que mandava, porque no era aquel su oficio, sino con prompta, y perfecta execucion obedecer.

En vna grande, y extrema carestia que huvo en su tiempo embió al Procurador del Convento con cien piezas de oro, sacadas del precio de los trabajos de los Mōges, para que comprasse trigo do quiera q̄ lo hallasse. El Procurador hizo sus diligencias, y no hallandole en los lugares vecinos pasó adelante a buscarle. Quiso Dios que halló vn hombre rico, y piadoso, que tenia à cargo los alholis de la Republica, el qual le dió no solamēte el trigo q̄ importava las cien piezas de oro, sino mucho mas, obligandose el Mōge de pagarle al mismo precio à su tiempo: y cargando su trigo en vna barca, se bolvió muy contento à su casa. Supolo Pacomio, y pareciendole que aquella demasia avia nacido de desobediencia, y de codicia, no quiso ver al Procurador, ni que se descargasse el trigo en el Convento, antes le embió à mandar que vendiesse el trigo al precio que se avia concertado con el que se lo avia dado, y le pagasse cumplidamente todo lo que le debía y despues comprasse el trigo que pudiesse por los cien ducados que le avia dado. Hizolo assi el Procurador, y traxo al Convento su trigo, y fue privado de oficio, y castigado severamente. A este sucedió otro Procurador en el oficio, y en la codicia; mandole Pacomio que llevasse, à vender algunas cosas que los Mōges avian hecho con sus manos, y señalòle el precio en que las avian de vender. El Procurador al tiempo de venderlas hallò quien le diese tres tanto mas por ellas de lo que el Abad avia tassado, y pareciendole mucha inocencia, y boberia no tomarlo, lo tomó, y se tornò à casa mas que contento. Pero Pa-

comio entendiendo el caso, mandò al Procurador que restituyesse à los compradores todo lo que le avian dado mas del precio que él le avia señalado, y quitòle el oficio, y diòle otras penitencias rigurosas; entendiendonos la puridad, y puntualidad que los Religiosos debemos guardar en la obediencia, y que los que dellos tienen à cargo las cosas temporales, deben estar muy apartados de qualquiera especie de avaricia.

Con ser Pacomio tan fervoroso, era muy discreto, y no le contentavan algunos fervores inmoderados, que comunmente tienen malas salidas. Avia en el Convento vn Mōge de buena voluntad, y poco saber, el qual con cierto fervor indiffereto, è impetu de moço, començò à pedir con grande instancia à Pacomio, que le alcanzasse de Dios con sus oraciones gracia para ser martyr, y derramar su sangre por la Fè Catolica. Aconsejóle el Santo Abad, que pues entonces avia paz en la Iglesia, y no ocasion de martyrio, que pudiesse todo su cuydado en domar sus passiones, y pelear, y vencer à si mismo; pues esta victoria, y perseverar en la Religion santamente hasta la muerte, es vn genero de martyrio muy agradable al Señor. No se satisfizo el Mōge con este santo consejo, antes cada dia importunava à Pacomio, rogandole q̄ le alcanzasse de Dios la corona del Martyrio. Entonces le dixo el Santo: Yo harè lo que me pides, y pienso alcanzarlo del Señor; mas mira tu que quando venga la ocasion no desfallezcas, y te pierdas. De allí à dos años embió Pacomio algunos Mōges por algunas cosas que para el uso del Convento eran menester, y entre los otros mandò à este Mōge, confiado, ò presumptuoso, q̄ fuesse à cierta parte con su junto cargado, y al partir le previno estuviessse alerta, y q̄ no perdiessse tan buena ocasion como se le ofrecia para lo q̄ tantos años ha deseava. El Mōge salió del convento, y allí donde iba topò con ciertos hōbres Paganos, Salvages, y Barbaros q̄ habitavan en aquellas mōtañas, y avian baxado à los llanos por agua; los quales en vièlole echarò mano del: y arado le llevarò al monte à tiempo que los otros Gentiles sus compañeros estavan haziendo sacrificio à sus falsos dioses. En viendole començaron à dar rifadas, y apretarle para que èl tambien adorasse à sus dioses: y aunque al principio el

Mon-

Mōge estuvo sobre si, y hizo resistencia, quando vió que los paganos, echaron mano à las armas, y le pusieron los puñales à los pechos, se rindiò, y bebió del vino, y comió de las carnes que se avian ofrecido à los demonios, que fue vna manera de idolatrar, y reconocerlos por dioses. Con esto le dexaron: y èl bolvió en si, y conoció su desventura, y el abismo que su temeridad le avia despeñado; y començò à llorar tanto, que casi vino à desesperar: se, y à pensar que no podria alcanzar perdon de Dios, y fue necesario que Pacomio, despues de averle gravemente reprehendido le consolasse, y animasse, y le impudiesse la penitencia. Eherròle en su celda, y mandòle que no comiesse sino pan, sal, y agua, y q̄ acrecentasse su oracion, y trabajasse mas que los otros Mōges; y èl lo hizo todo con gran voluntad; y aviendo perseverado en esta manera de vida diez años, trocò las miserias tēporales con la eterna felicidad y dello tuvo Pacomio revelacion.

Hizò el Señor muchos milagros por San Pacomio en su vida. Vna muger que padecia vn flujo de sangre incurable tocando con gran fè la Cogulla del Santo Abad, luego quedó sana, y libre de su enfermedad. Entrando vna vez à visitar vn Monasterio de los que estavan en su cargo vió que algunos muchachos novicios subian en vna higuera grande, y alta secretamente, para coger los higos, y comerlos sin licencia; y llegandose vn poco mas cerca, advirtió q̄ vn demonio estava asenado en lo mas alto de la higuera, y luego entendió que aquel demonio era el espiritu maligno de la gula, que suele tener à todos, y especialmente à los de poca edad. Mandò llamar al hortelano, que era vn Santo viejo, y ordenòle que cortasse aquella higuera, para que no fuesse ocasion de tentaciones à aquellos moços. El hortelano rogò à Pacomio que no se la mandasse cortar porque era provechosa, y dava mucho fruto al Convento. Pacomio por no contristar al hortelano, no dixo mas, por que era tan santo varon, que con aver vivido ochenta años en el Convento, y tenido muchos años èl solo cuidado de la huerta y plantado diversos arboles, jamás avia comido, ni gustado, ni vna fruta dellos, siendo muy franco, y liberal para con los otros hermanos; pero hizo Pacomio oracion, y

la mañana figuere se hallò la higuera seca, de manera que no tenia, ni raiz, ni fruto, ni oja, que no fuesse seca. Otra vez haziendo vna exortacion à los Mōges (como solia) se arrebatò, y aviendo estado vn rato elevado, y como abortio mandò al Vicario del Convento que entrasse en la celda de vn Mōge, y que mirasse lo que hazia, porque debia de estar durmiendo, y dava ocasion al demonio para que le tentasse, y le sacasse de la Religion, como pretendia. El Vicario hallò durmiendo al Mōge, y poco despues dexò el habito, y bolvió al siglo. Otro Mōge que estava en vn Monasterio muy enfermo, y para morir, deseò en gran manera ver al santo Abad, y tomar su santa bendicion antes de dar su espiritu al Señor, y embió à rogar à Pacomio que le viesse Pacomio se puso en camino con algunos Mōges para ver, y consolar al enfermo, y antes de llegar al Monasterio, mirando al Cielo, vió que su alma subia acompañada de muchos Angeles, y cò grande musica, y armonia de suaves voces: y despues se supo que en aquel mismo punto el buen Mōge avia espirado. Diòle el Obispo vn lugar comodo para edificar vn monasterio, y Pacomio le començò à edificar. Algunos hombres perdidos, incitados del demonio, à quien pesava mucho que se hiziesse aquella obra, vinieron de noche, y derribaron lo q̄ se avia labrado. Tuvo paciencia Pacomio, y exortò à sus Mōges que la tuviessen; pero el Señor embió vn Angel que los quemò à todos. Vno de las partes de Roma vn Mōge estrãgero, docto en la lengua Latina, y Griega, mas del todo ignorante de la Egipcica, que era la natural de Pacomio, y no sabia otra. El Mōge romano deseava sobremanera manifestar su cõciencia à Pacomio, y confessasse cõ èl, y en ninguna manera queria comunicar sus secretos à otra tercera persona. Hallòse Pacomio arrojado, y despidiendo al interprete, se recogió à la oracion, y hablando con Dios, le dixo: Señor, si yo por falta de lengua no puedo ayudar à los que vienen à mi de tan lejas tierras para q̄ me los embiais? Y si vos Señor quereis que os sirva en esta, dadme lo que he menester para cumplir vuestra voluntad. Durò en esta oracion con gran fervor tres horas continuas, y estando en ella, vió caer del Cielo en su mano vn papel escrito à manera de carta. Le yòle-

yóle Pacomio; y luego fingió dentro de sí el don de todas las lenguas, y comenzó a hablar en Griego, y en Latin con tanta elegancia, y copia de palabras, que parecía que hazia ventaja á todos los Letrados del mundo. Desta manera pudo confesar al Monge Romano, y embiarle bien enfañado, y consolado á su casa, y de allí adelante tratar en todas lenguas con los otros Estrangeros. Otra vez vino vn hombre á rogarle que sanasse vna hija suya, que estava muy atormentada del demonio. Escusóse con que no solia hablar con mugeres pero dixole que le traxesse vna saya de su hija y que él la bendiciera; y que esperaba quedaria sana: Traxo el padre la saya; y en viendola dixo Pacomio: Esta no es saya; y afirmando el padre que sí era, añadió Pacomio: Bien sé que es saya, mas tu hija no guarda castidad haziendo professió de virgen. Y prometiendo enmienda la muger con vn poco de azeite bendito la sanó. Con estas, y otras maravillas que Dios obrava por el Santo Abad, y mas por su santa vida, y por espíritu del Cielo con que Dios le avia adornado por averle escandido para tanta gloria suya; fundó Pacomio muchos Monasterios, en los quales vivian como Angeles casi siete mil Monges y solo en el q̄ habitava Pacomio avia, mil y quatrocientos. Finalmente, cargado de años, de virtudes, y de merecimientos el bienaventurado Padre, y aviendo embiado al Cielo innumerables hijos, y presentados delante del acatamiento del Señor entendió q̄ su divina misericordia le queria hazer merced de librarle de la carcel del cuerpo, y llevarle para sí. Hizo juntar á sus Monges: y con vn semblante amoroso, y benigno les avisó como el Señor le llamava, exortandolos aguardar con gran cuydado los preceptos, y documentos que en vida les avia dado; y en particular que se amassen entrañablemente en Christo, y que huýessen de qualquiera cosa que pudiesse entibiar la caridad, y que sobre todo aborreciesen á los hereges, y qual quiera doctrina que discrepasse vn punto de lo que la Santa universal Iglesia enseña. Y aviendoles dado su bendicion, y elegidos los Monges por sucesor suyo, y por su consejo á otro santo Monge, llamado Petronio en los braços, y suspiros de aquella Santa Congregacion dió su espíritu Pacomio al

Señor, que para tanta gloria suya le avia criado. Fue su muerte á los catorce de Mayo, y Sigisberto en su Cronica dize que fue el año del Señor de quatrocientos y seis, y que murió de ciento y diez años. Su cuerpo fue enterrado con gran solemnidad, y llanto de todos aquellos sagrados coros de Monges, que en él avian tenido perfectísimo retrato de la vida religiosa, y á motivos eficaces para menospreciar las engañosas blanduras de la carne, y las vanas esperanças del mundo, y los espantos, y aflicciones de Saranás.

De la regla de San Pacomio, que recibió de mano del Angel, haze mencion Genadio, y dize que escribió algunas epistolitas que refiere. Esta misma Regla de Pacomio traducida de lengua Egipciana en Griego trasladó S. Geronimo en Latin, á petición, y ruegos de Silvano Monge, como se vé en su prefación, y se halla al fin de las Colaciones de Casiano, impresas en Roma. La vida de San Pacomio se escribió en Griego, y después la traduxo en Latin Dionisio Abad Romano, llamado el pequeño, ó exiguo, mas ha de mil y cien años, y se halla en el libro de las vidas de los santos Padres. Tambien la escribió Metrafraste, y la trae Fray Lorenzo Surio en el tercero tomo. Hazen mención do Pacomio el Martyrologio Romano, de Beda, Vuardo, y Adon, y los Griegos en su Menologio, Sozomeno lib. 3. cap. 13. Paladio in Lausica, Casiodoro Tripar. Niceforo lib. 4. cap. 14. y el Cardenal Baronio en sus Anotaciones, y el tomo 3. y 5. de sus Analess.

LA VIDA DE SAN ISIDRO LABRADOR
Historia natural de la Villa de Madrid

EN la vida de San Isidro Labrador, AY. DE MAYO. que escribió antiguamente Iuan Diacono, se echa de ver claramente como no es el Señor aceptador de personas, pues no niega su gracia á los de más humilde condicion, y que en qual quiera estado puede subir vn hombre á gran perfeccion, y santidad, con el favor divino. Era San Isidro de la Villa de Madrid, que es aora Corte de los Reyes de España; porque nó sin grande providencia tiene por Patron á vn Labrador aquel lugar, donde está la Nobleza del mundo. Fue S. Isidro casado

casado, y hombre del campo, sustentandose siempre del sudor de su rostro, y ocupado en la labrança. Era muy devoto, y callado, y amable de todos. Madrugava muy de mañana, y antes de ocuparle en la labor del campo visitava las Iglesias de Madrid, oia Missas, y se encomendava á Dios, empleando mucha parte del dia en oracion. Pero aunque acudia tarde á su labrança, quando los demás avian arado mucho tiempo, él se dava tan buena maña, que trabajava mas q̄ todos, y al cabo del dia se hallava aver sido mayor su trabajo, porque fuera de ser mayor su diligencia, los Angeles aravan con él, y le ayudavan. Entendió de sí aquella sentencia, que se intimó á nuestro primer padre Adán: En el trabajo de tus manos, y en el sudor de tu rostro comerás tu pan; y assi hizo eleccion de no virir de otra manera, ni ganar su vida, y sustento con otra industria, sino con el trabajo de sus manos, aunque le aumentasse mucho mas que otros por dar tiempo tambien á la oracion.

Pusose á servir con humildad á vn Cavallero de Madrid, llamado Iban de Vargas, en vna cañeria suya, encargandose de tenerle cuenta con sus heredades, por cierta soldada en que se concertaron. Los que vivian en semejantes cañerias por alli cerca, por envidia que le tuvieron viendole ir tarde á trabajar, y que trabajava mas que todos, quisieron ponerle mal con su amo, y para esso le dixeron, que Isidro acudia muy tarde al trabajo, porque primero se iba en peregrinacion á visitar todas las Iglesias de Madrid, por lo qual quando llegava al campo era muy entrado el dia; y assi, que mirasse por su hazienda, porque sino, Isidro se la perderia presto. Enojóse el amo con su Santo criado, y reprehendióle severamente, diziendole, que no correspondia con él en la confianza que dél avia hecho, fiandole su hazienda; que era verdaderamente hurto llevar el jornal de todo el dia, y no trabajar el medio; ni era servicio de Dios que se estuviere rezando el tiempo que tenia obligacion de justicia á trabajar, y con agravio de otro que no le aprovecharian las devociones, para las quales bastava los dias de fiesta, en los quales podria rezar lo que quisiese: y que entendiesse, sino se enmendava, que le despediria, y pondria otro en su lugar que

Segunda parte.

cuidasse mas de su hazienda. El Santo con grãde humildad, y paciẽcia le respondió, q̄ no le queria agraviar en nada, y si temia que por lo que tardava al principio en acudir al trabajo, se avia de disminuir su hazienda, que lo mirasse, y tanteasse bien, y si en ello se hallava agraviado, que él se lo restituiria de su propia hazienda; y assi le rogava que no llevasse mal que acudiesse á sus devociones, y servicio del Rey del Cielo.

Soslegóse por entonces aquel Cavallero, viendo la bondad de su criado; cõ todo esso para enterarse mejor de todo, quiso ver él por sí mismo lo que passava. Fue al campo, y estuvo azechando al Santo, y viendo de lexos como se avia puesto muy tarde á arar, fuesse para él para reñirle, mas acercandose á la heredad, vió como estavan arando á vna parte, y otra de su criado dos pares de bueyes, mas los quales eran blancos como la nieve; quedó admirado, no sabiendo como era aquello, porque sabia muy bien, que no tenia posibilidad Isidro para hazer que arassen con él dos moços, y sospechando que era quello cosa sobrenatural, holgóse mucho, y dandose mas priessa para enterarse de aquella novedad, quando llegó halló solo á su criado, maravillóse mas de aquello, y preguntandole quiẽnes eran aquellos, que poco antes estavan arando cõ él, y ayudandole: Respondió el varon de Dios con grande encogimiento, y simplicidad, ningun hombre ha estado aqui, ni me ha ayudado sino Dios, q̄ me ayuda siempre, y á quien invoco, y nunca me falta su misericordia, y amparo. Con esto quedó cierto el Cavallero, que eran Angeles los que avia visto, y que ayudavan al trabajo de Isidro, supliendo por él el tiempo que avia galdado en ir Missas, y hazer oracion, y assi le dixo, que de allí adelante hiziera lo que quisiese, porque no haria caso de lo que murmuravan contra él, y le acusavan, que antes toda su hazienda, y heredades se las encomendava, que estuviessse cierto que nunca le despediria. Cõ esto el Santo prosiguió en su modo de vida, cõfirmando el Señor con nuevas maravillas lo que le agradava de sus devociones.

Un dia de Fiesta por la tarde avia ido el Santo á la Iglesia de S. Maria Magdalena, q̄ estava cerca de Caramanchel de abaxo, y aviendo dexado fuera su jumento, le

Z

aconse-